

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 11 de Mayo de 1907

Número suelto: 10 céntimos.

Núm. 2.

EL PRINCIPE HEREDERO



LA PRESENTACION

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRAS PLANAS EN COLOR

El príncipe heredero.

Ayer, á las tres de la madrugada, comenzó la reina á sentir algunas molestias leves, y en seguida fueron llamados los doctores Gutiérrez—que por encargo expreso del rey había de asistir á doña Victoria—y Glendining, médico particular de la soberana, que estuvo en palacio por si eran solicitados sus servicios.

Desde las cuatro de la madrugada, no se apartó de su augusta hija la princesa Beatriz de Battenberg. La impaciencia de la familia real era grandísima. El rey no podía ocultar su inquietud, aunque confiaba en la robusta naturaleza de su esposa, que ha hecho durante el embarazo una vida de gran actividad, y que llegaba al trance del alumbramiento llena de vigor y energía.

A las diez, en todas las dependencias del palacio notábase una febril actividad. El duque de Sotomayor comunicaba órdenes á sus subalternos; el gabinete de telégrafos transmitía avisos á los centros oficiales y enviaba despachos á los reyes de Inglaterra y á los príncipes de Battenberg, y los alabarderos, reforzados por bastantes servidores palatinos, corrían con los partes destinados á los personajes que habían de asistir á la presentación.

Poco después empezaron á llegar carruajes y automóviles; colocáronse en sus puestos los ujieres encargados de izar las banderas y se avisó á los centros oficiales para que lucieran las colgaduras en los edificios públicos en el momento de dar á luz la reina.

La gente, al ver rodar los coches de los ministros, los personajes palatinos y los diplomáticos con dirección á palacio, comprendió lo que ocurría, y estacionáronse millares de personas en las plazas de la Armería y de Oriente, contemplando el lucido desfile.

En los salones que preceden á la régia cámara aguardaban el gobierno en pleno; representaciones del Consejo de Estado, del Tribunal Supremo, de las Ordenes militares, del ejército y la marina, de la Provincia y el Municipio; el obispo de Madrid-Alcalá; los caballeros del Toisón; la comisión del Principado de Asturias, con la histórica ofrenda de las mil doblas de oro; grandes de España, exembajadores, el Sr. Canalejas, en representación del Parlamento, el cuerpo diplomático y algunos señores personalmente invitados por el rey.

Los reunidos tuvieron que esperar poco. El alumbramiento de la reina fué felicísimo, y á la una menos veinte, en punto, apareció en la puerta de la cámara la duquesa de San Carlos, y comunicó al presidente del Consejo que doña Victoria había dado á luz un varón.

Un cuarto de hora después, cuando aún vibraba el estampido de los cañonazos, D. Alfonso, vistiendo uniforme de capitán general, apareció seguido de la corte, llevando al tierno vástago que iba cubierto con un riquísimo velo de encajes. Detúvose frente al gobierno; el Sr. Maura descubrió al príncipe y el ministro de Gracia y Justicia aproximóse para dar fe del sexo y levantar el acta de inscripción en el Registro.

La ceremonia fué conmovedora. El rey, emocionado y lleno de júbilo, agradeció los parabienes efusivos que diéronle algunos, rompiendo el mutismo de la etiqueta.

El príncipe, á quien lactará la reina—que, dando un alto ejemplo, quiere cumplir en absoluto con sus deberes de madre—, es rubio; tiene la cabeza pequeña, casi redonda; las cejas, arqueadas; el labio inferior, carnoso; los ojos, grandes y azules, y el rostro, ovalado.

Por su tipo, más que austriaco es inglés. De la raza borbonica, sólo tiene la frente y la nariz. Es fuerte, bien constituido, de gran tamaño y mucho peso.

Acabado de nacer y después de las operaciones de rigor, el príncipe fué entregado á la reina, que le besó tiernamente. Luego, cogiéronle sus abuelas, mientras se preparaba la *corbeille* que había de servir para la presentación.

La noticia del nacimiento fué acogida en Madrid con verdadero júbilo.

Sorpresa terrible.

(El texto en la octava plana.)



Toribio fué el miércoles, por la tarde á esperar á los catorce osos blancos que han debutado en la Zarzuela.

El nunca madrugó, ni dió un mal paso por presenciar la entrada de ningún príncipe extranjero, por muy extranjero y muy príncipe que fuese, ni la llegada de ningún personaje, más ó menos ilustre, pues no le agrada meterse en apreturas, ni andar, de la ceca á la meca, con media vara de lengua fuera, corriendo delante de los guardias civiles.

Le gusta sacar la lengua con toda comodidad, cuando y como le conviene; ó si está enfermo y se lo exige el médico; y, aun en este caso supremo, la saca con cierta cortedad, temiendo que el doctor le haga mal de ojo.

Toribio prefiere sacarla de una vez para siempre delante del verdugo; porque la muerte en patibulo será más afrentosa que la muerte de cólico cerrado, con serlo mucho; pero es más cómoda, y él ama la comodidad sobre todas las conveniencias sociales.

Al fin y al cabo es un filósofo, aunque no lleve paraguas rojo como *Asorin*, ni sombrero de ala plana como don Nicolás.

Sin embargo, ha hecho una excepción en honor de los osos, no tanto por lo respetable de su número, que es el mismo de la minoría carlista, cuanto por lo linajudo de su estirpe; pues se trata de osos blancos, de osos legítimos de la Siberia; no de esos osos villanos y ridículos que se encuentra uno al volver de una esquina.

Además, para Toribio, esos osos de nacionalidad rusa representan un símbolo: son seres rebeldes que escapan de aquel país autocrático y prefieren errar por el mundo dando cabriolas bajo el látigo de un cualquiera, al que pueden desparramar cuando les venga en ganas, á vivir en su patria expuestos á ser víctimas

mas de una cacería del Zar, á quien defienden los cosacos.

Y eso que el zar no está ahora para cacerías.

A los ojos de Toribio los osos iban cobrando personalidad, encarnando en formas humanas, convirtiéndose en hombres con caras de apóstoles; le parecían catorce miembros de la disuelta Duma, desterrados por un *ukase* draconiano del Trepoff de tanda.

Le faltó poco para dar un *vican* los redentores del pueblo!

No hubiera hecho ninguna majadería, porque ya hemos vitoreado y aclamado como redentores á una porción de hombres que luego han resultado osos.

Y que ni siquiera tenían el mérito de ser de Siberia.

A Toribio le chocó que no saliera á recibirlos el Oso de Madrid.

Nunca estaba más indicado el cumplimiento.

Cuando vienen magnates sale la corte á recibirlos; cuando vienen tribunos de la plebe acude el pueblo á esperarles; muchas veces no acude, pero, en fin, debía acudir; ahora que llegan osos, justos es, pensaba Toribio, que se apresurase el Oso de Madrid á hacerles los honores de la capital, aunque á decir verdad, no tiene que hacer muchos honores.

Pero nuestro plantigrado y paisano optó por quedarse á la sombra del madroño.

Intrigas del Protocolo—se dijo Toribio—. Se conoce que, como estos osos no son gubernamentales allá en Rusia, la diplomacia ha prohibido que se les hagan honores oficiales.

A Toribio este desdén del Protocolo le disgustó hasta el extremo de que estuvo á punto de arrancarse la lengua de cuajo como el tenor Rossi.

No lo hizo porque tiene la esperanza de ser diputado á Cortes y no quiere privarse de este órgano parlamentario.

Otros «Toribios» lo han sido.

Nuestro gran hombre acompañó á los osos forasteros hasta la misma puerta del teatro de la Zarzuela, y no les ayudó á bajar del camión-jaula que les conducía, por temor á que echaran á mala parte este rasgo de delicadeza.

Pero les saludó cortesmente con el sombrero, y se marchó á su casa satisfecho de haber cumplido un alto deber de ciudadanía.

Toribio quiere organizar en su honor un banquete de protesta contra las salvajadas de la autocracia rusa, y quiere que coincida con el que se piensa dar á los diputados carlistas por su triunfo.

También pensaba preparar un *meeting*, seguro de que traerán muchas y muy buenas cosas que contar de los suplicios de Siberia; pero ha desistido ante el temor de que no les deje explayarse el delegado.

Toribio ha hecho su chistecito correspondiente: dice que la Zarzuela es un osario.

EL SASTRE DEL CAMPILLO

Coplas de la semana

por UN REPÓRTER

El decálogo del «isidro».

ISIDROS que estais en ciernes de venir á los «festejos»: Recordad estos consejos como aprendidos en viernes... Yo *sus* los doy para que no *sus* llaméis luego á engaño, ¡y á ver si *sus* libro de que *sus* den un desengaño!

I. Sabed, vecinos de Borjas, de Pinto ó de Vall de Uxó, que para ese viaje no se necesitan alforjas. Dejadlas quedar en casa, pues aquí los de Consumos tienen muchísimos humos. Con alforjas, ¡ni Dios pasa!

II. Tomad, antes de ir al tren, el billete en la taquilla, pues ya se ha visto en Sevilla que los hay falsos también. Cuan tos *gachos* se dedican á expender billetes *fules*, los que mejor sofistican son «los vuestros»: los *azules*...

III. Como hay en nuestra nación tantos descarrilamientos, deberéis ya venir con los últimos Sacramentos. Si es grande vuestra piedad, *sus* recomiendo también, por un si acaso, la bendición de Su Santidad.

IV. Mucho ojito con los «ganchos», porque *sus* darán un timo, y *sus* tomarán de *primo*... ¡y se quedarán tan anchos! Desconfiad de todo aquél que os ofrezca una «morada»; ¡que hay quien brinda la Posada del Peine, y el *peine* es él!

V. Si vais al teatro, no *sus* la deis de caballero tomando butacas. Yo *sus* «invito» al gallinero. Y ved qué número lleva, pues no falta quien «se atreva» también allí, y de improviso *sus* echan del *Paraíso* como Dios á Adán y Eva.

VI. No aceptéis jamás un plato de liebre, porque yo os juro que os darán, por liebre, gato... ¡y mayareis, de seguro! Si seguís este consejo, no habrá quien no lo celebre. (Lo que he dicho de la liebre, digo también del conejo.)

VII. Cuando vayais en tranvía, vereis que hay unos letreros, en que dice *todavía*, por orden de la Alcaldía: «Cuidado con los rateros». Subid á él con ligereza; no confundáis Chamberí-Fuencarral, con Hortaleza; y no os bajeis de cabeza, porque es malo, ¡creedme á mí!

VIII. No hagais caso á las mujeres que os llamen *rubio* ó *moreno*. ¡Mirad que algunos placeres no producen nada bueno!... Y huid de las de amplio seno, dulce rostro y grácil talle, que estén tomando el sereno á la puerta de la calle.

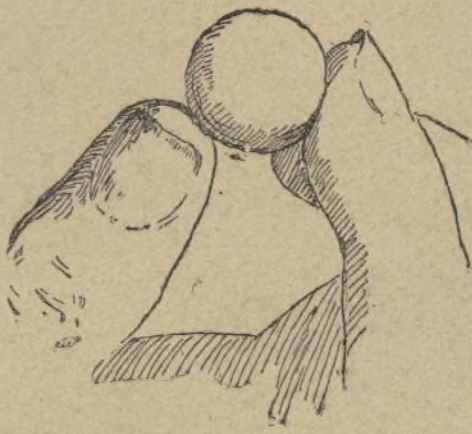
IX. Si alguno os habla en francés, desconfiad, porque es un *caco*. La codicia rompe el saco, y hay timos del portugués... ¡Ojo al Cristo, que es de plata; y ni aquí estamos en Niza, ni en la Villa y Corte se ata los perros con longaniza!

X. Siempre que toméis un coche, bien *manuela* ó bien *simón*, ireis á pasarla noche tal vez en la prevención; pues, si no dais al auriga una *propi* exagerada, ¡es muy posible que diga que no le habeis dado nada!

LA PERLA MAYOR DEL MUNDO



EL PESCADOR



PERLA



EL DUENO

La colección de perlas maravillosas se ha enriquecido con una que acaba de adquirir el millonario Clarence A. White, y que está considerada como la mayor del mundo.

Dicha admirable perla, que tiene el tamaño de una nuez, fué hallada hace poco tiempo por un humilde pescador de Arkansas. Este la vendió en tres mil pesos á un industrial de San Luis, llamado

Bullard, quien á su vez se la cedió por 15.000 dollars á su actual poseedor.

La perla, que es esférica, de espléndido oriente y de un tenue color rosado, ha sido denominada con el sugestivo título de «Luz de la mañana». Como ya decimos, es la mayor de cuantas se conocen, incluyendo la famosa «Caney», de forma redonda y tinte azulado. Es también la de mayor peso, y todo hace

esperar que su precio vaya elevándose hasta valer varios millones de dollars.

El mundo elegante de San Luis se halla actualmente preocupado por saber en qué *toilette* femina esplenderá la magnífica joya. Según parece, un millonario de dicha ciudad hace gestiones para adquirir la perla, al precio que sea, á fin de regalársela á una de sus hijas. Pero aún no se sabe nada de cierto.



TRAGICO FIN DE UN BANQUETE.—EL SUICIDIO DEL TENOR ROSSI

No se ha registrado seguramente, en los annales del suicidio, caso tan espantoso y terrible como este que relata, con gran lujo de noticias y pormenores, la prensa italiana llegada á Madrid en estos días.

He aquí algunos antecedentes, recogidos de los periódicos milaneses é indispensables para concebir, ya que no para comprender, el pavoroso desenlace de esta tragedia humana.

Rossi, el «celeste Rossi», como el público le llamaba, fué por espacio de algún tiempo el tenor favorito de los *dilettanti* italianos, y el ídolo de los habituales concurrentes al coliseo célebre de la *Scala*, especie de Universidad del *bell canto*, donde se graduán y revalidan los maestros del arte lírico.

Los más envidiables y envidiados triunfos del genial *divo* habíalos alcanzado éste con la inmortal ópera *Lohengrin*, en cuyo *racconto* llegaba la voz del insigne artista á límites de perfección ideal, nunca superada por nadie, y que le habían consagrado como á una gloria indiscutible.

Cierta noche, hace pocos meses, se representaba en aquel teatro la célebre obra wagneriana, y era Rossi el protagonista. Como siempre que él la cantaba, la sala ofrecía un golpe de vista deslumbrador, viéndose en palcos y butacas á lo más noble y escogido de la alta sociedad milanés, y en las demás localidades un inteligentísimo concurso, formado en su mayoría de admiradores incondicionales y apasionados del gentilísimo cantante.

Valiéndonos de un *cliché* periodístico muy del gusto de nuestros revisteros de teatros, diremos que el de la *Scala* presentaba, en tan memorable noche, el aspecto de las grandes solemnidades.

Al preludiar la orquesta el *racconto*, esa pieza maravillosa que causa tan honda impresión en el espíritu, todos los ojos retrataban la emoción de los espectadores, deseosos de rendir culto ravano

en idolatría al intérprete del poético *caballero del cisne*.

Rossi, «embriagado por el perfume de aquel incienso espiritual»—según ha dicho con expresión feliz uno de los *reporters* italianos—, atacó las primeras notas del divino *pezzo di musica*; pero su voz dulcísima, electrizante, subyugadora, se rebeló contra la voluntad soberana del eminente artista, y fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo éste para vencer las resistencias de su garganta enronquecida.

La voz, aquella voz sobrenatural, que en el *racconto* parecía la voz de un ángel, seguía negándose á obedecer los mandatos del celebrado é ilustre tenor. Tuvo que darse, al fin, por vencido, y atribuyendo aquel orgasmo á una indisposición pasajera, se retiró á su *camerino*, con los ojos llenos de esas lágrimas que arrancan de los más esforzados pechos las amarguras del fracaso y de la derrota.

Los admiradores de Rossi, creyendo también que su afonía era cosa puramente transitoria y circunstancial, le tributaron una ovación ruidosísima para demostrarle sus simpatías y su cariño firme é inquebrantable...

Pero la voz de Rossi era un ave que había huido, para ya no volver á ella, de la áurea cárcel de su jaula, y era como un tesoro desaparecido por siempre del fondo de un arca de caudales. Ni los preceptos de la higiene, ni los consejos de los más renombrados médicos de Milán, ni la virtud sana y purificadora del reposo, lograron que volviese el pájaro á su prisión ni que la caja recuperase el oro perdido.

Rossi, cada vez más desalentado, enfermó de tristeza, de desesperación, sin que bastaran á hacerle salir de su decaimiento moral y físico los cuidados de los doctores ni los consuelos de los pocos amigos que dejaron de abandonarle en la hora de la desgracia.

Al verle transitar por las calles triste, abatido, como agobiado bajo el peso de

su infortunio, los antiguos admiradores del «virtuoso» del *bell canto*, miraban con piedad y con lástima las ruinas de aquella gloria nacional, que fué orgullo y decoro del arte patrio... La buena estrella del tenor se había eclipsado para siempre.

Y allá, en el fondo del cerebro, sintió Rossi tal vez entonces germinar la idea de la muerte, refugio y puerto de salvación de las almas solas y desoladas.

Y un día se le vió aparecer, de pronto, alegre, reidor, satisfecho, como ávido de gozar nuevamente de la *jote de vivre*, cual si el dolor que le atenazaba no anidase ya en su pobre corazón apesadumbrado por el abandono y el desdén de las gentes.

Como varios de sus amigos fieles celebraran en presencia de Rossi tan impensada resurrección, él les manifestó que estaba, en efecto, contentísimo por haber logrado vencer el mal que le tenía alejado de la escena.

Y, para probarlos—agregó jovialmente—, os invito á comer en mi compañía, preparándos una sorpresa para el final, que ha de asombraros, de fijo, á todos.

Durante el espléndido banquete que, efectivamente, se celebró á los pocos días en la morada del artista, y al cual asistieron varios parientes y amigos suyos y dos cantatrices que un tiempo compartieron con él la admiración y los aplausos de la sociedad milanés, el anfitrión hizo gala de buen humor, mostrándose jovial, decididor, risueño, como en sus días de fortuna y celebridad.

A los postres se habló de música, y uno de los comensales tuvo la mala idea de recordar los triunfos de Rossi en el *racconto* de *Lohengrin*.

Cual movido por un resorte, el enfermo se puso en pie, y su rostro apareció radiante, soberbio, transfigurado por la llama del genio que irradiaba de sus febriles ojos y nimbeba su augusta frente como una aureola celestial.

Empezó á cantar el *racconto*—ha dicho una de las artistas que presenciaron

la escena trágica—y era preciso no mirarle, porque su cara revelaba toda la angustia de un supremo y desesperado esfuerzo. Congestionado, enrojecido, apoplético, con los ojos inyectados en sangre y el cuerpo temblador y convulso, emitía las más sublimes notas que jamás salieran de su pecho y de su garganta. Nosotros le escuchábamos arrobados, embelesados, electrizados por aquella maravillosa voz, que parecía descender de los cielos...

«De súbito—continuó diciendo la actriz, sollozante y acongojada por el recuerdo de lo ocurrido—cesó de cantar el celeste Rossi», llevándose á la boca ambas manos, agarradas por una horrible crispación de los nervios, y le vimos escarbar allí adentro con los dedos temblorosos, rígidos, sarmentosos... Tenía entonces la apariencia de un condenado de esos que figuran en las ilustraciones del *Inferno* del Dante, con aquellos ojos enloquecidos que parecían salir de sus órbitas, y la boca, de donde salían espantables rugidos y brotaban espumarras sanguinolentas, contraída por un *rietus* de agonía desesperada.

«Todos, horrorizados ante espectáculo tan horrible, pero sin comprender aún, permanecíamos como clavados en nuestras sillas. Y cuando se quitó las manos de la boca, vimos con indecible espanto que entre sus dedos apretaba un pingajo de carne bañado en sangre ennegrecida... Rossi lanzó un terrible grito y cayó desplomado al suelo. Por entre sus labios caía un caño de sangre roja, que inundó el mantel y la alfombra.»

Rossi, en un arrebatado de vanesia, presa de una locura inconcebible, horrenda, espantosa, se había arrancado de raíz la lengua.

Falleció á los pocos instantes, y su semblante daba miedo...

Tal es la horrible tragedia que refieren los periódicos de Milán, y que ha producido una tremenda impresión de horror en los habitantes de la antigua capital del Lombardo-Véneto.

UN DRAMA EN EL FONDO DEL MAR

En el puerto de Capetown.—Palmer, el buzo.—Bajo las aguas.—Lucha horrible con un pulpo.

QUIÉN sabrá jamás los dramas espantables que se desarrollan en el océano, en el seno de sus abismos, donde una noche eterna triunfa? En el fondo del mar, en los profundos valles sumergidos, en los lagos de tinieblas, vive y lucha un pueblo aterrador de monstruos increíbles, dotados de formas absurdas: un pueblo de alucinación, de pesadilla. La ciencia moderna, que ha proyectado su luz vivísima sobre tantos misterios, sobre tantos inexplicables fenómenos, no ha podido sino muy imperfectamente estudiar la fantástica vida submarina.

Entre esos monstruos formidables, tan absurdamente constituidos, el pulpo ocupa uno de los primeros lugares, y son numerosos los bañistas imprudentes, los nadadores y los buzos que han encontrado la muerte entre los mil brazos ágiles y vigorosos de estos seres extraordinarios.

La aventura que vamos a narrar es verdaderamente trágica.

Hace ya algún tiempo, el *Dunvegan-Castle*, soberbio buque de la línea de la Unión, fué lanzado por una violenta tempestad contra un dique que se construía junto a la escollera del puerto de Capetown. El choque fué tan brutal, que el buque se rompió como si fuera de vidrio y arrancó de la muralla enormes bloques de cemento y piedra, que cayeron al fondo del puerto.

Pasaron los meses. El asalto incesante de las olas debilitaba cada vez más el dique, y las autoridades, comprendiendo que era necesario reparar las averías, acordaron que los buzos descendieran al fondo del puerto, con objeto de pasar fuertes cadenas bajo los bloques de piedra que, izados por grúas potentísimas, serían empleados en la reedificación del muro.

Uno de los buzos elegidos fué Palmer, hombre rudo, fuerte, de valor y sobriedad admirables, que en quince años de servicio no había rechazado ningún trabajo, por peligroso que fuera. Se citaban de él rasgos de loca audacia y pruebas de fría resolución, y sabía que, enamorado de su duro oficio, no lo hubiese cambiado por ningún otro más productivo y más cómodo.

Los primeros días se sumergió Palmer sin que ocurriese nada anormal. El trabajo era penoso; pero el buzo, habituado a parecidas faenas, no se quejaba.

Una mañana, al sujetar con las cadenas uno de los bloques mayores, divisó sorprendido un objeto informe que emergía de una cavidad oscura, tapada en parte por la mole de piedra. Transparente el agua y límpido el cielo, el trabajador veía con la suficiente claridad cuanto le rodeaba, y avanzó, intrigado, hacia aquella cosa imprecisa, para examinarla más de cerca. Entonces notó que «aquello» se removía, se estiraba, adelantando poco a poco hacia él, y vió que, de pronto, una especie de co-

rrehuela larga y flexible salió del sombrío agujero y lanzóse sobre sus espaldas con la rapidez del rayo. Instintivamente la rechazó; pero antes de que hubiera podido retroceder, dándose cuenta del peligro que le amenazaba,

su larga carrera de trabajador submarino se había encontrado cara a cara con la muerte en distintas ocasiones, y no perdió la sangre fría ni el coraje.

Apoyóse lo más sólidamente que pudo en el



la correilla se enredó á una de sus piernas. Aterrado, temblando de angustia, quiso desembarazarse de aquel grillete vivo, pero otro paralizó sus brazos, y otros más rodearon su cuerpo, y entonces comprendió el infeliz que había sido cogido por un pulpo.

Palmer se refirió en el acto. Era una enérgica naturaleza á la que espoleaba el riesgo; en

suelo limoso, hundiéndose el plomo de sus suelas, reunió todo su vigor y toda su energía y comenzó á luchar contra la inmundicia bestia. El pulpo, en menos de un minuto, había rodeado á Palmer con sus innumerables tentáculos, y el pobre hombre sentía la 'succión' del monstruo, y, á pesar de sus desesperados esfuerzos, era arrastrado poco á poco, con sabia lentitud,

á pequeñas sacudidas prudentes y seguras, hacia la caverna de la bestia.

Aproximáronse al sombrío agujero. La presión de los tentáculos se hacía más violenta, las sacudidas aumentaban, y Palmer, ante la perspectiva de la horrible muerte que le aguardaba, hizo un violentísimo esfuerzo, retrocedió, aflojóse algo el abrazo mortal, y separáronse los tentáculos del cuerpo oprimido. La esperanza floreció en el corazón del buzo. Un esfuerzo más, y estaba salvado. Pero el voracísimo animal, temiendo que se le escapara su presa, abandonó su reducto, y Palmer, horrorizado, vióse cogido entre una madeja de brazos flexibles, y contempló sudando de angustia la inmundicia cabeza del pulpo, que, pegándose al cristal de la escafandra, clavaba en él sus enormes ojos.

Paralizado, apretado bárbaramente por el monstruo, iba á sucumbir, cuando un pensamiento súbito iluminó su cerebro. El pulpo había abandonado su antro, y rodeando por completo á su víctima, nada le retenía, nada le sujetaba al suelo. Palmer comprendió la ventaja que esta posición de su adversario le ofrecía, y, en un supremo esfuerzo, libertó uno de sus brazos y tiró nerviosamente de la cuerda, para que le izasen los trabajadores.

Estos, al notar las señales desesperadas del buzo, sospecharon que algo anormal le ocurría, y se apresuraron á extraerle. El pulpo, temeroso de subir á la superficie, intentó con fiero encarnizamiento sujetarse á los pedruscos y á las asperezas del fondo; pero ya era demasiado tarde, y el inmundicia animal siguió ascendiendo con su víctima hacia el día.

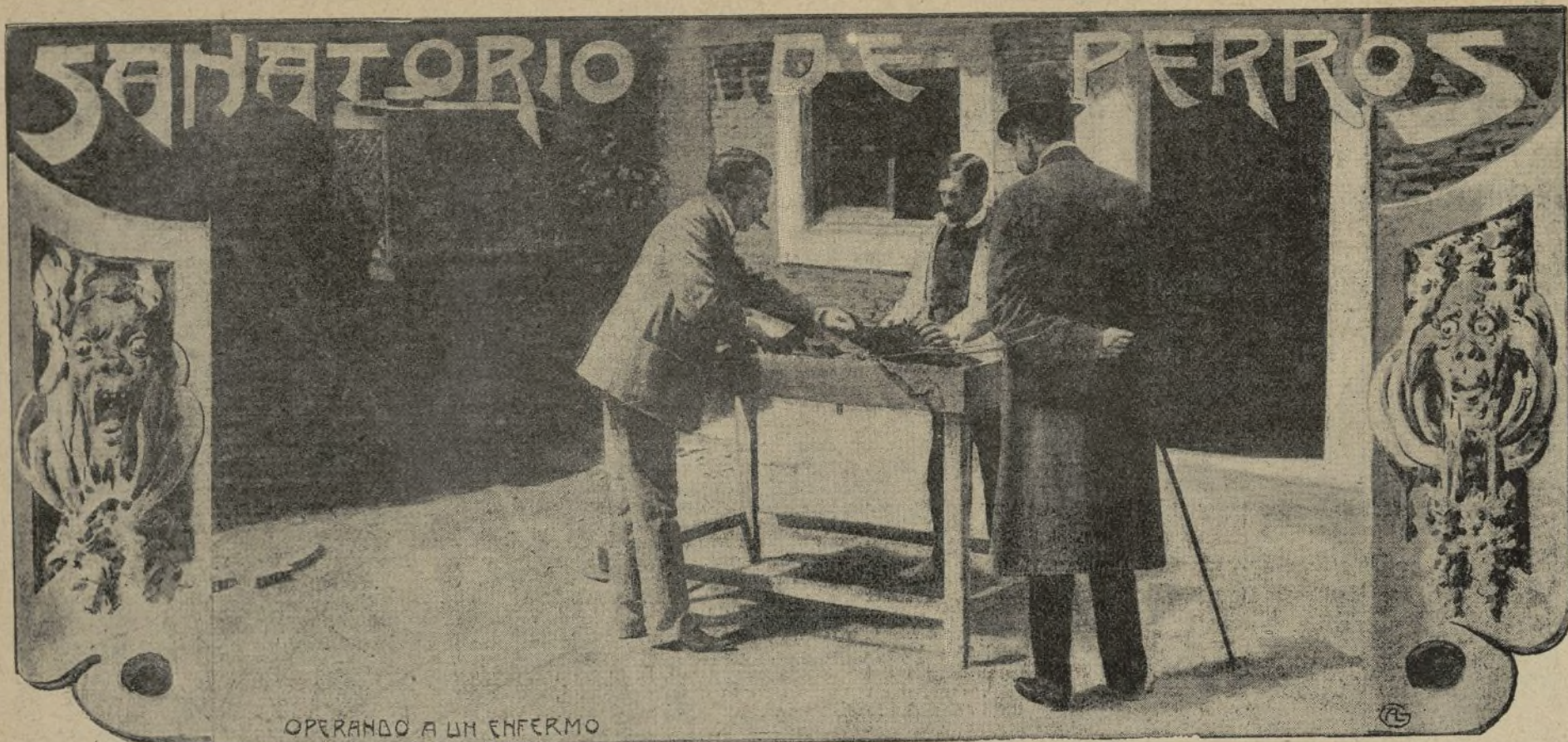
Cuando los hombres que tiraban de la cuerda vieron surgir de las aguas el tronco de Palmer, que continuaba luchando con el pulpo, quedaron sobrecogidos de terror. Pero bien pronto recobraron la serenidad, y mientras unos ayudaban á salir al buzo, los otros con hachas, barras de hierro y cuchillos acribillaron el cuerpo de la inmundicia bestia, que se defendió rabiosamente, sin dejar de oprimir á Palmer, como si quisiera ahogarle antes de perecer.

Pero, al fin, bajo los golpes repetidos de sus adversarios, sucumbió el terrible animal, y el pobre trabajador submarino, libre de tentáculos escurridizos, se apresuró á desembarazarse de su pesado traje de faena, de la escafandra, que no le permitía respirar, y celebró su vuelta á la vida con unos tragos de ron que le devolvieron pronto la alegría y las fuerzas.

Después, tendiéndose en un lecho improvisado y narró á sus compañeros la estupenda aventura, estremeciéndose de terror al recordar sus episodios crueles.

El buzo refiere ahora esta escena dramática, que pudo tener para él trágico desenlace, y, al terminar, añade que, sin semejantes peligros, su oficio perdería su mayor encanto.





El que tenga una perra mala, no sabe lo que es bueno... Si la perra es de fabricación clandestina, no podrá adquirir con ella un modesto periódico, ni comprar una caja de mixtos ó un sello de Correos, ni tomar el tranvay de la Fuentecilla ó Cuatro Caminos. Y si la perra no es monetaria, sino canina, y está mala «por un casual», pasará su dueño las de Caín, como no la lleve de «pensionista» al Sanatorio establecido en uno de los suburbios de Madrid, próximo á Tetuán de las Victorias.

Un apreciable y distinguido veterinario, que tiene en sitio céntrico de la villa y corte un Consultorio para enfermedades perrunas,

desde el mal apodado la *vermicosis* al *moquillo*, que es una tuberculosis,

ha creado el notabilísimo Sanatorio á que se refieren los adjuntos fotgrabados y las presentes líneas.

El edificio no es una cosa del otro jueves, sino de este sábado; pero, en fin, por algo se empieza, y si en algunos hospitales se trata á los hombres como á perros, en él los canes son cuidados mejor que muchísimas personas.

De ello puede dar fe *Silvela*, un hermoso pachón cruzado, castaño-pío, que ingresó allí como enfermo del amor libre, y que ha renunciado al amor y á la libertad para convertirse en *calandria*, mote con que, en los establecimientos benéficos y en los nosocomios oficiales, son conocidos los *clientes* que se aficionan á la vida del hospital sin tener otro mal que esa enfermedad que da más cornadas que los toros: el *hambre*...

Silvela es el guardián de la casa, una especie de cancerbero del Sanatorio, un

consumado *golfo*, que come la sopa boba allí; á cambio de sus servicios de mastín vigilante, fiel y celoso, de la casa.

Constituyen, por ahora, ésta dos cobertizos destinados á afecciones comunes y á enfermedades contagiosas; un

reos; una sala de baños, un *spabellón* para operaciones quirúrgicas, una cocina con dos calderas para la *confección* del rancho, y otras dependencias instaladas con arreglo á las exigencias del arte de curar al mejor amigo del hombre...



“SILVELA,”

patio con jaulas de aislamiento para la observación de la hidrofobia, en una de las cuales hay ahora un gato llamado *Moro*, á quien mordió recientemente el perro del guitarrero de la calle de Carretas, afinado frente á la Central de Co-

Aparte del inclito *Silvela*, hay allí una porción de canes de todas razas, castas y pelos: la aristocrática *Marquesa*, víctima también de lo que podríamos llamar «mal de amores»; *Lucero*, un «fox-terrier» negro, de pura sangre, que la tiene

algo bastardeada en la actualidad á consecuencia de una sarna de primer orden; *King*, un monarca tuberculoso; *Barguillo*, un canelo que sufre de ataques á la cabeza; *Nerón*, setter de fino pelo, que padece la manía persecutoria desde una batalla que sostuvo con los laceros municipales; *Fanny*, «simpatiquísima» ratonera, víctima de una erupción que ni las del Vesubio; *Linda*, una galga de color blanco, que presenta síntomas de hidrofobia; *Gaucho*, hermoso ejemplar de una raza de Sud América, que está hecho una pura llaga, y hasta catorce pacientes más, cuyas dolencias, generalmente, son del aparato digestivo, del locomotor ó del génito-urinario. Los perros, como los hombres, suelen verse castigados por *dó* más pecado han...

En el Sanatorio de marras la *algarabía* reina con imperio absoluto, y la diversidad de gruñidos, ladridos y aullidos da idea de lo que podría ser un coro de perros si hubiera teatros para representar zarzuelas caninas...

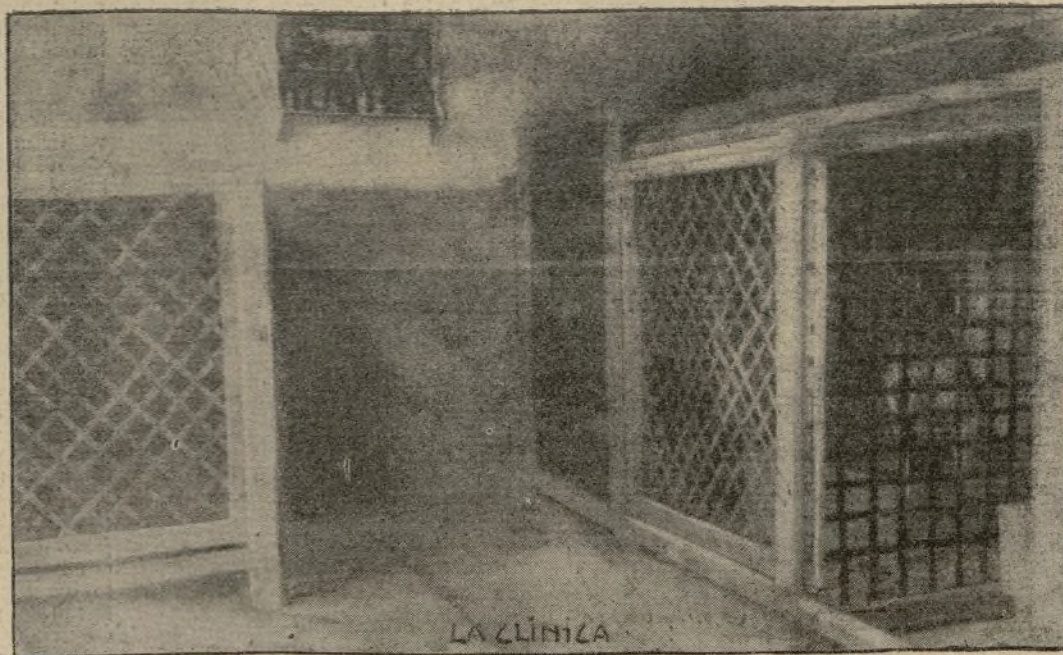
El espectáculo de la distribución del rancho (compuesto de vegetales y de cabezas de carnero, y algo mejor que el de los presos de muchos establecimientos penitenciarios) es muy ameno y divertido.

Los que tengan tiempo y espacio para echar una tarde ó mañana á *perros*, deben visitar ese Sanatorio, donde verán cosas muy lindas y ejemplares.

Mas no se arriesguen á penetrar allí sin pedir permiso á *Silvela*, que es una fiera en toda la extensión de la palabra y del *canicomio*, si se me permite darle este nombre.

Cave canem, lector querido...

Carlos MIRANDA.



LOS CRIMENES DE LA POLITICA

ASESINATO DEL GENERAL BARILLAS

Cómo murió el presidente.

Al comienzo de una noche del pasado Abril, á eso de las siete y media, el general D. Manuel Lisandro Barillas, expresidente de la república de Guatemala, se retiraba á su casa cruzan-



EL GENERAL BARILLAS

do las calles de Méjico. Iba solo, tranquilo y despreocupado. El largo tiempo transcurrido desde que en la lucha política hallábase siempre amenazada de muerte su vida, tenía ya hecho al olvido del peligro. Marchaba por la Plaza del Seminario, en dirección de la calle del Reloj.

Apenas llegó frente al puesto de agua fresca, situado junto á los estantes de libros viejos que hay en la Plaza, dice el gendarme de punto en el crucero de las dos vías, que vio desarrollarse rápidamente esta terrible escena: un hombre bajo abalanzóse sobre un pacífico transeúnte que caminaba en la dirección dicha; tres veces levantó con gran fuerza el brazo derecho y lo descargó sobre el acometido. El gendarme percibió á la par un grito de dolor, como un rugido de bestia herida, tras el cual caía el agredido pesadamente al suelo. Entonces el hombre bajo echó á correr, huyendo, por la calle del Seminario arriba.

El gendarme, único testigo de la dramática escena, corrió tras él á toda la velocidad de sus grandes y recias piernas. A poco, el hombre bajo arrojó al suelo un objeto, que produjo al caer un sonido metálico. Quizás lo tirase para que al recogerlo perdiera tiempo el perseguidor. Pero el gendarme lo recogió ágilmente, sin detener su carrera. Sin entretenerse á mirarlo vió que era un puñal y sintió que le manchaba la mano de un líquido tibio. En un esfuerzo poderoso apresuró su persecución. Dos agentes ciclistas que, en dirección contraria á los que corrían, seguían la calle á toda máquina, se percataron de la huida, y pasaron junto al criminal apuntándole con sus revólvers, mas sin poder parar sus ciclos. Pero el gendarme había dado dos brinco enormes y había logrado poner su mano de hierro sobre el hombro del asesino, sujetándolo.

No hizo él resistencia alguna. Era un zagalón como de diez y ocho años, muy trigüño, de pelo rizado, é iba embutido en un saco negro, que casi le tapaba el pantalón de dril amarillo. Con su presa, el gendarme volvió al sitio donde cayó el acometido. Estaba boca abajo, con el cuerpo encogido y las manos aplicadas á los sitios de donde le manaba aún mucha sangre, que empapaba las ropas y se embalsaba en torno del cadáver. El mismo criminal declaró espontáneamente al gendarme: «El muerto es el general D. Manuel Lisandro Barillas. Yo soy guatemalteco y me llamo José Estrada.» Estrada dió una chupada á su cigarrillo. Entonces el gendarme recordó que había visto brillar la punta del cigarro en la boca del asesino, al acercarse al general, al apuñalarlo y al salir huyendo. Fumándose tranquilamente

el pitillo, había, pues, realizado el asesinato.

Ya se había reunido mucho público. El gendarme, secundado por los agentes ciclistas, había dispuesto el traslado del general Barillas á la comisaría más próxima. Tras él fué conducido el criminal. La noticia cundió muy pronto. Emigrados guatemaltecos, abogados, médicos, estudiantes, acudieron conmovidos á la comisaría. Todos querían ver al asesino. Al sacarlo para la cárcel, lo vieron. Ninguno lo conocía. Contemplaron luego con los médicos el cuerpo sangriento del general. Había vertido y vertía tanta sangre, que los facultativos estaban asombrados. Tenía el cadáver tres terribles heridas entre el vientre y el pecho. Cualquiera de ellas hubiera bastado para matar en el acto al expresidente.

De presidente archimillonario á emigrado pobre.

A principios de Abril del 85 celebrábase en Guatemala los funerales del presidente Rufino Barrios, muerto en campaña. La asamblea había designado para sustituirle, en primer lugar, á Sinibaldi, y en segundo, á Barillas. Pero el

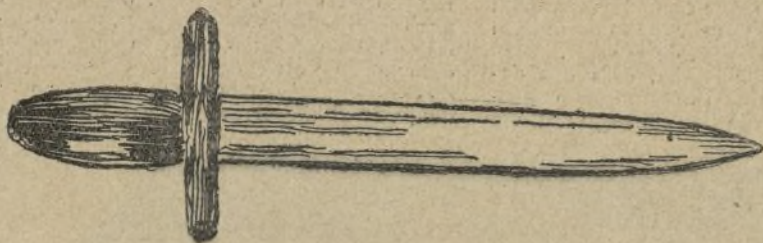
privado á comerciar y cuidar sus magníficos cafetales. Así vivió Barillas tranquilamente en Guatemala. Era diez veces millonario. Pero hace un año estalló la revolución contra la mala administración del presidente Estrada Cabrera. Barillas en nada intervino, ni conspiró; más se hizo sospechoso, sin saber por qué, al gobierno, y una noche, temiendo ser capturado, huyó á una de caballo á Méjico, fijándose en la zona fronteriza, en Tapachula.

Entonces fué cuando los jefes revolucionarios se dirigieron á él y le nombraron su caudillo y futuro presidente. Barillas aceptó, y cuando iba á atravesar la frontera para dirigirse sobre Guatemala, las autoridades mejicanas le internaron en Méjico. Allí intentó rehacer sus planes, pero juzgáronle torpe los jefes guatemaltecos y abandonaron á Barillas. A poco acabó la revolución. Barillas se trasladó á California, de donde volvió en Octubre á Méjico, alojándose con su hijo mayor, de treinta años, en la casa de un dibujante español, D. Joaquín Rigal, situada en la calle del Reloj, donde se dirigía cuando fué asesinado. Ya no tenía dinero para viajar espléndidamente por Europa, como cuando dejó de ser

primero fué encargado un señor guatemalteco llamado Maldonado. Con tal apremio debería cumplir Maldonado su encargo, que de no llevarse á cabo en determinado y cortísimo número de días, habría de sufrir la muerte. Maldonado se arrepintió; pero fué asesinado en Guate-



E ASESINO



PUÑAL DEL HOMICIDA

ministro de la Guerra, general Barrundia, jefe de las tropas de la capital guatemalteca, desconoció al primer designado, y aprovechándose de que Barillas, el segundo, peleaba en la frontera, se hizo proclamar presidente. Ya lo era de hecho el día de los funerales, cuando de improviso, al galope de su caballo, seguido de un numeroso Estado Mayor y de un grueso de tropas, presentóse el general Barillas en el cementerio. Había caminado á marchas forzadas, á reventar caballo. Barillas reclamó en el acto la presidencia, y Barrundia, sorprendido, le entregó inmediatamente el mando. Desde entonces, hasta el 92, fué Barillas presidente de Guatemala: siete años.

Durante su mando ocurrió un suceso muy extraño: el asesinato del citado general Barrundia, por motivos políticos. Cuando cumplió el tiempo legal de su magistratura, Barillas no opuso resistencia alguna á su sucesor, Reyna Barrios. Le transfirió el poder y se retiró á la vida

presidente. Tampoco podía disponer de los recursos propios de antes para fraguar revoluciones. Cuando la última, el gobierno le había quemado todas sus propiedades. La lava de un volcán acabó por arrasarlo los cafetales. En una de las haciendas, donde se guardaba la documentación y fondos de la casa matriz, la erupción cambió de tal suerte la topografía del terreno, que no hubo medio de encontrar la caja de hierro, donde guardaba Barillas cien mil libras y las mejores alhajas de su esposa. Modesta y tranquila su vida, sólo pensaba en acabar sus días en Méjico, á donde iba á fijar definitivamente su residencia. Pero en Guatemala se le seguía teniendo por conspirador, se le temía y se le espiaba. Sin saberlo Barillas, su vida corría serios peligros nuevamente.

Tres planes de muerte

Los tres se fraguaron y fracasaron durante los tres últimos años. De cumplir el



EL CADÁVER DEL GENERAL

mala. Hace poco más de un año, cuando Barillas conspiraba en Tapachula, otro guatemalteco, persona bien acomodada, brindó con su amistad y sus servicios en pro de la causa del general. Así pretendió conocer los planes secretos de Barillas; pero el general, al confiárselos, tuvo la precaución de cambiarlos. El guatemalteco fingió un viaje á la capital de Guatemala, y para despedirse del general le ofreció en su casa una copa de vino. Al acercársela Barillas á los labios, ocurriósele la idea de que iba á ser envenenado. Con un movimiento brusco rehusó la copa, y al observar cómo se demudaba el semblante del guatemalteco, se le abalanzó al cuello y le arrancó la confesión de sus intenciones. Obraba como instrumento, mas no dijo de quién lo era.

De vuelta del viaje que hizo á Europa, el general D. Manuel Lisandro Barillas se dedicó á la agricultura en sus haciendas de las proximidades de Queralténango. En una de ellas se le presentó un peón muy inteligente y de buena presencia, el cual pronto se distinguió, hasta el punto de que el general y su mayordomo depositaron en él toda su confianza y le encargaron de trabajos especiales y bien retribuidos. Cuando Barillas proyectaba hacer del empleado un excelente mayordomo, presentósele confuso el favorito, declarándole que acudió á pedirle trabajo para poder cumplir el compromiso de asesinarlo, que había adquirido mediante cierta cantidad, de la cual ya tenía recibidas 5.000 libras. Las bondades y atenciones que para con él tenía el general le habían desarmado, decidiéndole á contárselo todo para prevenirlo. Barillas le exhortó á que devolviera las 5.000 libras y se quedase á su lado, pero no logró retenerlo. Huyó de Guatemala, donde en seguida le hubieran asesinado.

Todos estos episodios de su vida referíanlos el general en la casa de unos mejicanos donde comió el mismo día de su muerte. Al día siguiente, por revelaciones del asesino, se supo que su verdadero nombre era Florencio Morales, y que tenía un compañero, Bernardo Mora.

Como en la casa de este último se encontró la vaina del puñal, sospecharon las autoridades que había sido cómplice en el delito.

En efecto; la punta y los agudísimos filos del puñal, indicaban que el arma no pudo llevarse desnuda por Morales. Fué, sin duda, Estrada, quien, acompañándolo, quedóse con la vaina al sacar el puñal el asesino. Pronto se averiguó la vida que habían hecho y sus trabajos de espionaje, comprobándose que el general ha sido víctima de su historia política, al fin de la cual ha perdido sus millones y su existencia.

EL CRIMEN DE CARABANCHEL

VIGILANTE NOCTURNO DEGOLLADO



LA ESCENA DEL CRIMEN

Por las amplias informaciones de la prensa diaria conocen ya seguramente nuestros lectores, en todos sus detalles horribles, el espantoso drama desarrollado, entre dos y media y tres de la madrugada del martes último, en la estación del tranvía de Leganés, enclavada en el término municipal de Carabanchel Alto, y que en los primeros instantes aparecía envuelto en las sombras del más impenetrable misterio.

Fueron protagonistas de la tragedia el vigilante nocturno de la citada dependencia, Juan García Fuentes, de sesenta y dos años, hombre de apacible carácter y fiel cumplidor de su deber, y Máximo Vidal y García, de veintidós años, que actuaba como cobrador suplente en la línea ya mencionada.

Pertenece éste a una familia honrada, cuyo jefe es secretario municipal en un pueblecillo de la provincia de Cuenca. Fué seminarista en sus mocedades; pero, á los quince años de edad, ahorró los hábitos y sentó plaza como corneta en

un batallón de cazadores, donde cumplió el tiempo de su empeño. Ahora estaba en vísperas de contraer matrimonio con una agraciada joven, residente en una villa de la mencionada provincia, y llamada Manuela N. Según parece, la boda estaba señalada para el día 29 del mes actual, fiesta onomástica de Máximo, y aunque éste manifestó, en los comienzos del interrogatorio á que fué sometido por el juez instructor del sumario, que el crimen obedeció á su deseo de vengarse de Juan García, con quien noches antes del día de autos había tenido una reyerta acalorada, el asesino confesó, por último, que el móvil del delito fué la idea de apoderarse del dinero de las arquetas encomendadas á la custodia de su víctima, y que contentan el producto de la recaudación hecha durante la jornada anterior por los cobradores de la línea de Leganés. El aproximarse la fecha fijada para su enlace con Manuela, y el encontrarse sin recursos para atender á los gastos indispensables

en casos tales, indujéronle de seguro á la perpetración de su cobarde y vil atentado. Máximo Vidal declaró, además, al considerarse ya perdido para siempre, que abusó de la confianza del señor Juan —como llamaban todos al interfecto— para que le permitiese entrar á deshora en la habitación. Una vez allí, aprovechándose de un descuido del señor Juan, se apoderó de una de las manivelas usadas en los reguladores de los carruajes del tranvía, y asestó con ella un terrible golpe en la nuca del infeliz anciano, que le produjo una lesión terrible en la base del cráneo.

Trató el agredido de defenderse con una faca, que guardaba en uno de los bolsillos; y Máximo forcejó con el pobre viejo, medio atontado por el golpe recibido en el occipucio, logrando apoderarse del arma, con la que le causó otras varias heridas, una que seccionó la yugular y otra en la parte baja del esternón. La víctima falleció casi instantáneamente.

Después de consumado el delito, Máximo registró las ropas del muerto, y en uno de sus bolsillos encontró las llaves de las arquetas; pero se escapó sin realizar sus propósitos de robo.

Luego, se dirigió á la taberna de Carabanchel Alto, y se acostó, sin que le dejase dormir los remordimientos. A primera hora de la mañana se presentó tranquilamente, al parecer, en la estación, y estuvo examinando el cadáver de su víctima en unión de otros cobradores y conductores.

A las nueve y media fué á casa de una tía suya, con la cual vivía, y le dió una camisa, cuyos puños estaban ensangrentados, encargándole que la lavase inmediatamente; y, á preguntas de ella, manifestó que aquellas manchas se las produjo al conducir el cadáver del señor Juan hasta el cementerio.

Más tarde visitó á unos amigos suyos, y habló con ellos largamente del misterioso crimen, y con voz entera y segura leyó, en su presencia, la información que publicaba el *Heraldo de Madrid*.

Por la noche estuvo en el Circo viendo á los osos falsificados, y más tarde se fué á un cinematógrafo. Volvió á Carabanchel Alto, acostándose en su alcoba de la taberna, y á las seis de la mañana del miércoles se personó de nuevo en la estación, como si tal cosa.

A la perspicacia del médico titular del pueblo, quien examinó concienzudamente á cuantos empleados y obreros se iban presentando en la cochera y en los talleres para reanudar el servicio, se debe el descubrimiento y captura del criminal. Llevaba éste aún, en el arranque de las uñas, manchas de sangre que hubieran pasado inadvertidas para ojos menos expertos que los del aludido facultativo. Ellas, la circunstancia de tener húmedos los bordes del abrigo, como si estuviese recién lavado, el presentar en el pantalón otras salpicaduras sanguinolentas y el encontrarse manchas también en las ropas de la cama donde se acostó las dos noches subsiguientes á la ejecución del delito, fueron cargos abrumadores contra el Vidal, quien —como queda dicho— acabó por confesarse autor de la muerte violenta de Juan García.

Concluyó, en fin, por declarar dónde había arrojado las llaves de la arqueta, y allí fueron, efectivamente, encontradas.



Reconocimiento del matador



Máximo Vidal.

Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL
Mesonero Romanos, 31, Madrid.

SORPRESA TERRIBLE

DE LA FARSA A LA REALIDAD

A un empresario de un cinematógrafo de Londres y á varios de sus auxiliares les ha ocurrido una interesantísima y dramática aventura.

Con objeto de componer una película representando el ataque de un tren expreso por una cuadrilla de bandoleros, habían colocado sobre los carriles varios troncos de árboles y amarrado á ellos el cuerpo trémulo de un guar-

dia que les sorprendió en su faena.

Una casualidad providencial salva al trabajador. El tren se anuncia con un sordo rumor; pero llega el perro del obrero; con sus ladridos avisa á su dueña y, ésta, comprendiendo que se trata de realizar un abominable atentado, se precipita gritando frenéticamente hacia el expreso y logra detenerlo.

Para fotografiar estas escenas, los

dueños del cinematógrafo y sus auxiliares instaláronse en un bosquecillo, junto á un trozo de la vía que une á Croydon con Purley. Disfrazáronse de bandidos unos cuantos hombres, colocaron sobre los carriles, amarrado á unos troncos, al compañero que representaba el papel de víctima, y esperaban ya al perro-actor y á la mujer salvadora, cuando arribó á toda veloci-

dad un tren «verdadero», un tren que no estaba en el programa, amenazando convertir la graciosa farsa en horrenda realidad.

Todos corrieron hacia la máquina, gritando desesperadamente; pero el maquinista no pudo detener el convoy con la suficiente presteza, y el falso guardavía despedido por un topetazo sufrió graves heridas en todo el cuerpo.

